

La buena-buena y la mala-mala

Diana Bracho

Ser mujer de telenovela no es fácil. La telenovela es un género literario (sí, le concedo el título, además creo que hay excelentes escritores de telenovelas). Tradicionalmente para que una telenovela "funcione" tiene que lograr captar la atención de millones de personas disímbolas, apasionarlas durante cien o más capítulos y penetrar en una intimidad hasta crear para muchas de ellas una supra realidad que resulta más cierta que la realidad misma. Y para lograr esto, la telenovela usa de los resortes y las manipulaciones del melodrama y de los patrones maniqueos de la moralidad representados por los aterradores cuentos infantiles o las novelas románticas del siglo XIX. Es decir, la telenovela sería la versión contemporánea de la que lograba apasionar a los lectores del siglo pasado y que les afirmaba que había bien y mal absolutos; que los buenos eran premiados y los malos castigados en una especie de justicia inmanente literaria, y, finalmente, que era más grato sufrir y llorar como una Emma Bovary, una Anna Karenina, una Bella Durmiente o una Cenicienta, que asumir la propia vida. Y quien, sino la mujer, es el blanco perfecto de ese dedo acusador o paternalista de la moralidad decimonónica. Por eso es difícil ser "mujer de telenovela", o mejor dicho, "actriz de telenovela" en un momento histórico en que, como mujeres, hemos roto o estamos rompiendo *esos moldes de moralidad que siempre logran acusar de maldad a cualquier mujer que alcance su desarrollo y su independencia personal*.

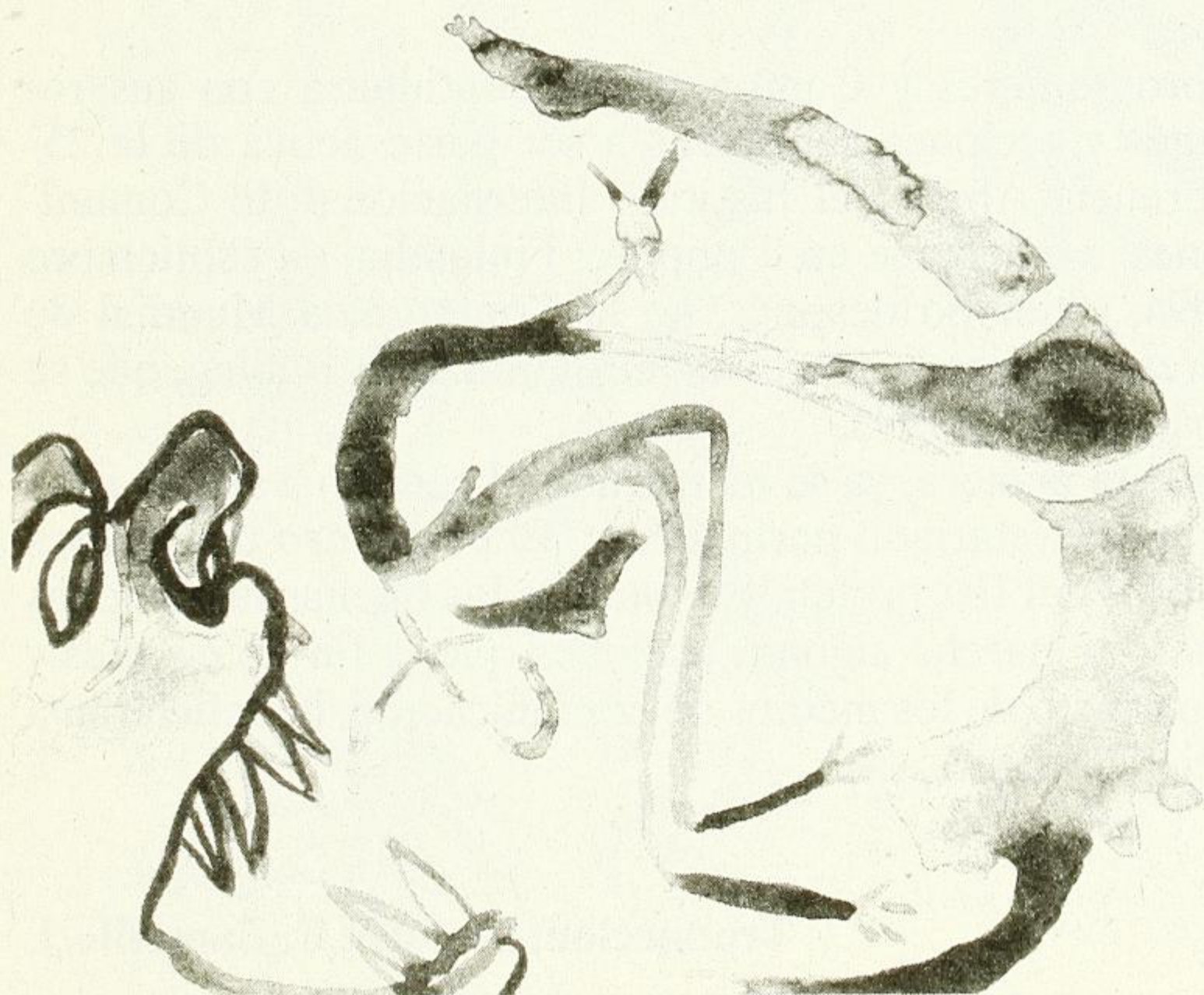
Debo aclarar que, aunque para la mayoría de los "actores serios" (y supongo que en otros países telenoveleros sucede lo mismo) hacer telenovela es un descenso a las profundidades del horror actoral, para mí siempre ha sido un reto fenomenal que apela a mi sentido de responsabilidad como miembro de una sociedad a la que pertenezco. Por principio, *no aceptaría representar un personaje que degradara a la mujer*. O sea, un personaje que no fuera susceptible de una interpretación

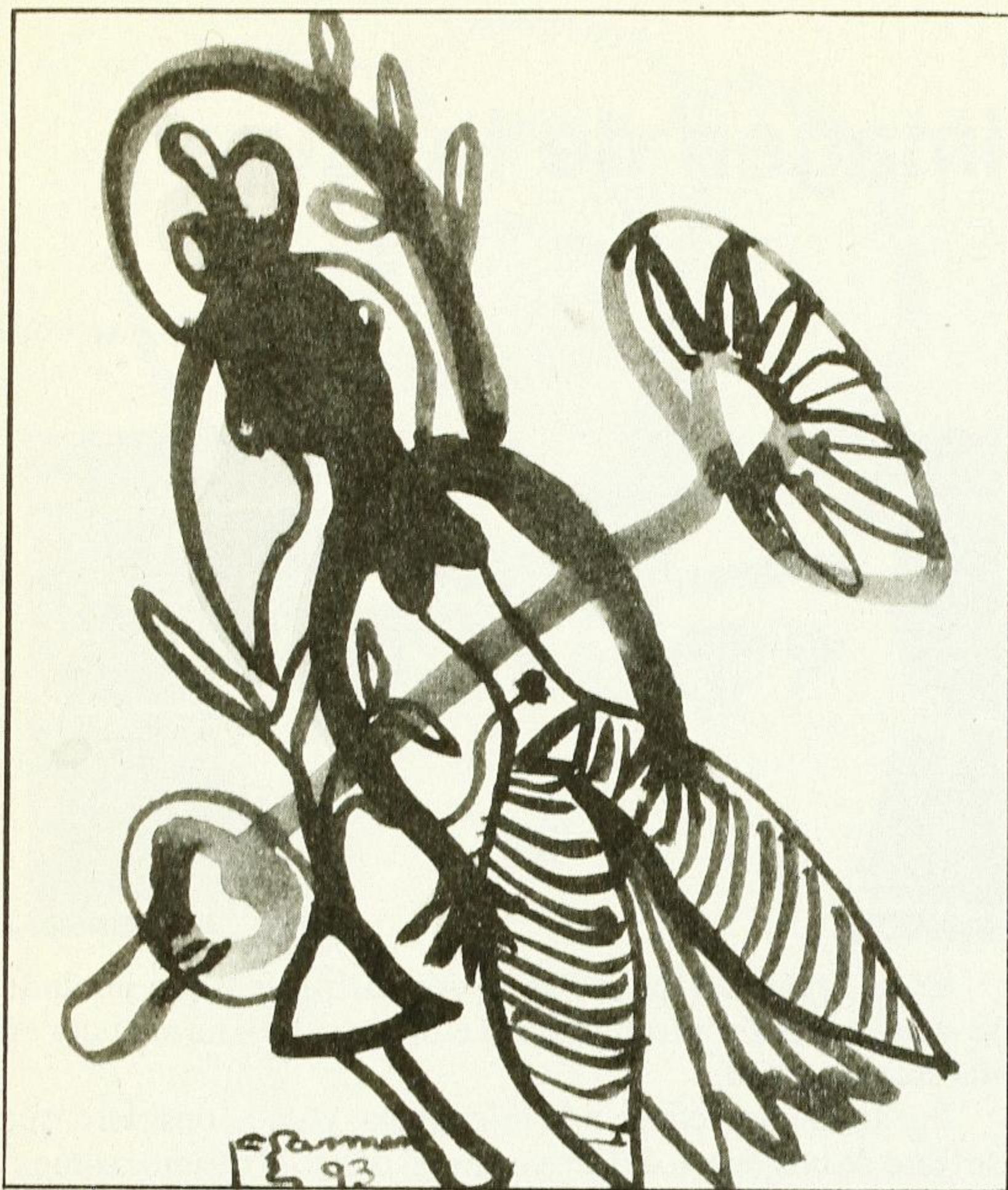


feminista y amorosa por parte de una actriz que se atreva a romper los estereotipos con su trabajo interpretativo.

Es decir, una actriz, como intérprete que es de un texto y unos personajes creados por otra persona, *debe ser capaz de crear personajes femeninos ricos en matices, complejos y sutilmente subversivos, si es posible*. Si no, se convierte en mero títere y no en una "recreadora". En el cine o el teatro, donde se manejan todo tipo de matices y sutilezas, eso es absolutamente natural. Sin embargo, dentro del marco de los esquemas telenoveleros, eso es un reto mayúsculo. Por eso me encanta hacer una buena telenovela.

En las telenovelas siempre han habido dos categorías de mujer. La buena, o protagonista, que ha tenido que conformarse a un tipo físico supuestamente atractivo y generalmente elegido con un criterio masculino bastante convencional de la belleza y los encantos femeninos. Por lo general, esa mujer es pasiva, se desconoce totalmente a sí misma (muchas veces hasta en sus orígenes genéticos), y depende de la aceptación amorosa de un príncipe para descubrir cuán maravillosa es. *Es decir, la Cenicienta ha sido la protagonista por excelencia de telenovela*. Y, además, es tan buena y tan poco conciente y cuestionadora del mundo que la rodea, que generalmente pasa por tonta. Por otro lado, está la mala, o antagonista, que representa el reverso de la medalla. Es un ser con cierta





libertad para subvertir el orden establecido; y para poder *torturar a la pobre heroína a gusto, tiene que tener cierto grado de inteligencia*. Pero, claro, cada vez que la usa cae más profundamente en desgracia. Mientras la heroína siempre es premiada con una lujosa boda y el amor del galán, la pobre malvada siempre es castigada con la locura, la cárcel o la muerte. Aunque comprendo que estoy dibujando un esquema simplista, pienso que sí es una síntesis de los tipos de mujer que le han dado vida a los melodramas televisivos.

En un pasado no muy lejano, las heroínas de telenovela gozaban del amor y la aprobación del público mayoritario, que veía en ellas la encarnación de la "mujer perfecta". De la misma manera, las villanas padecían el odio y el repudio, y a veces hasta la agresión física de los televidentes. Sin embargo, ha ocurrido un fenómeno que me parece sumamente interesante, y que plantea que el público que ve telenovelas ya no quiere ser como sus heroínas: pasivo y conformista. La mujer lineal y llena de bondades y convicciones ha perdido credibilidad. En la medida que la mujer contemporánea, en todos los niveles culturales y socioeconómicos, crece en su conciencia de sí misma, ya no acepta fácilmente los patrones esquemáticos y simplistas de la buena/buena y la mala/mala.

En México, este fenómeno se concretó en una telenovela que hizo historia hace siete años aproximadamente. "Cuna de Lobos" del dramaturgo Carlos Olmos, creó una villana que, encarnada magistralmente por la actriz María Rubio, se convirtió en heroína nacional. El fenómeno fue tan aplastante que incluso hubo quien la propuso para candidata a la presidencia del país. Catalina Creel, así se llamaba la villana, a pesar de ser una mala/mala, logró romper el esquema. Tuve la fortuna de trabajar en esa telenovela, aunque de protagonista, o sea buena/buena, y para establecer un juego dramático interesante y creíble entre los dos personajes antagónicos, tuve que

llenar de matices a mi personaje y hacerla una mujer viva e interesante que tiene opciones morales y dudas existenciales.

A partir de esa telenovela, las villanas se han convertido en los personajes más importantes e interesantes de la televisión. Por supuesto que todavía son castigadas con locura, cárcel o muerte al final, pero ahora el público, en vez de alegrarse de ese supuesto acto de justicia, se solidariza y sufre por la muerte de la "mala".

Mis últimos trabajos en televisión han sido, precisamente "de mala", en dos telenovelas magníficamente escritas por Cuauhtémoc Blanco y Carmen Peña. En la primera de ellas, "Cadenas de amargura", encarné a una tía solterona y amargada que, por una desilusión amorosa se convertía en un ser destructivo y detestable. Además de la línea anecdótica de abandono amoroso, el director Luis Vélez y yo optamos por trabajar al personaje como una mujer con todas las cualidades para ser una mujer plena, pero frustrada por un entorno provinciano y moralista y una dosis muy grande de sensualidad reprimida por esa sociedad machista. El resultado fue un personaje con el que se identificaron una gran cantidad de mujeres y que se convirtió en protagónico de la historia.

En la más reciente telenovela que hice (1992-1993), "Capri-cho", de los mismos escritores y con el mismo productor y director, encarné a Eugenia Montani, una villana totalmente diferente a la anterior. Ese personaje atentaba contra uno de los atavismos más fuertes de nuestra sociedad: la maternidad. Eugenia no sólo engañaba a su esposo y mataba a su amante, sino que odiaba a su hija. Hace diez años me hubieran matado en la calle. Ahora, la gente defiende las "razones" de Eugenia, y sufrió verdaderamente cuando se cumplió su destino de villana de telenovela y se tuvo que suicidar para pagar sus culpas. Pienso que de alguna manera es trágico que una mujer independiente, inteligente y atractiva se siga considerando como villana. Pero, lo interesante de esta evolución del aprecio del público por este tipo de personaje, radica en que ahí está la raíz para un cambio radical en los personajes femeninos de telenovela. Yo creo que ya no se pueden perpetuar los clichés porque el público que ve las telenovelas, a través de sus propias experiencias y sus propias necesidades, ya no puede aceptar que una mujer que lucha por crecer en todos los niveles, sea "la mala".

Apelo al talento de tantos escritores y escritoras de telenovela para que se atrevan... 